Click to prove you're human

Te espero en el fin del mundo pdf

Índice Portada Sinopsis Portadilla Dedicatoria Cita Los niños que soñaban sin miedo (1993-1999). LEVI 1993, Levi Información adicional 1994, Levi 1995, Levi 1996, Levi 1997, Levi Información adicional 1998, Levi 1999, Levi La teoría del fin del mundo (2000-2003). LEVI & VI 2000, Vi 2000, Levi 2000, Vi Información adicional 2000, Vi 2001, Levi Información adicional 2001, Vi 2002, Levi 2002, Vi 2002, Levi 2002, Vi Información adicional 2003, Vi 2003, Levi 2003, Vi 2003, Levi ¿Cuál es el precio de un sueño? (2003-2004). LEVI & VI 2003 Mayo, Vi Junio, Levi Julio, Vi Agosto, Levi Septiembre, Vi Octubre, Levi Noviembre, Vi Información adicional Diciembre, Levi 2004 Enero, Vi Enero, Levi Febrero, Vi Marzo, Levi Marzo, Vi Abril, Levi Mayo, Vi Julio, Levi Agosto, Vi Agosto, Levi Septiembre, Vi El silencio de Levi, el ruido de Vi (2005-2006). VI 2005 Abril, Vi Información adicional Junio, Vi Septiembre, Vi Información adicional Diciembre, Vi 2006 Cara A, Vi Cara B, Vi El vértigo de quererte (2007). LEVI & VI 2007 Enero, Levi Vi Levi Vi Levi Vi Levi Información adicional Mayo, Levi Julio, Vi Levi Diciembre, Levi Vi La culminación de quienes quisimos ser (2008-2009). LEVI & VI 2008 Marzo, Levi Mayo, Vi Junio, Levi Agosto, Vi Octubre, Levi 2009 Enero, Vi Febrero, Levi Mayo, Vi Agosto, Levi Octubre, Levi Diciembre, Vi Diciembre, Levi Diciembre, Vi El equilibrio que nunca tuvimos (2010-2011). LEVI & VI 2010 Febrero, Vi Marzo, Levi & Vi Mayo, Levi Julio, Vi Septiembre, Levi & Vi Octubre, Vi Octubre, Levi Noviembre, Levi Diciembre, Levi Información adicional 2011 Marzo, Levi Junio, Vi Septiembre, Vi Septiembre, Levi Información adicional Noviembre, Vi El principio del final (2012-2013). LEVI & VI 2012, Levi Vi Levi 2013, Vi Levi Epílogo Jennifer Dawson, 2019 Agradecimientos Créditos Gracias por adquirir este eBook Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura ¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos! Primeros capítulos Fragmentos de próximas publicaciones Clubs de lectura con los a; utores Concursos, sorteos y promociones Participa en presentaciones de libros Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales: Explora Descubre Comparte Sinopsis Violet y Levi se conocen desde niños. Él sueña con crear un hogar. Ella, con escapar del suyo. Son mejores amigos, siempre están el uno para el otro y, cuando empiezan a crecer, se dan cuenta de que sus sentimientos también lo hacen. Intensos. Imparables. Únicos. Pero Levi desea echar raíces entre montañas mientras que Violet quiere volar muy alto y comerse el mundo. Es posible que no existan dos personas más incompatibles que encajen mejor. Una cabaña abandonada, una colección de figuras de madera y un amor de los que marcan toda una vida. El de Levi, el chico que hacía muchas preguntas, y el de Vi, la chica que tenía todas las respuestas. ¿Con quién te gustaría estar si supieras que mañana se acaba el mundo? TE ESPERO EN EL FIN DEL MUNDO Andrea Longarela A Julieta, ojalá un día sientas el vértigo y vueles sin miedo Prefiero que la gente me odie por ser quien soy a que me ame por lo que no soy. KURT COBAIN Nunca dejes que nadie te diga que no puedes hacer algo. Ni siquiera yo, ¿vale? Si tienes un sueño, tienes que protegerlo. Las personas que no son capaces de hacer algo te dirán que tú tampoco puedes. Si quieres algo, ve por ello y punto. EN BUSCA DE LA FELICIDAD (2006) Los niños que soñaban sin miedo (1993-1999) LEVI 1993, Levi —Muchacho, no sabes que se trata de la gran historia de tu vida hasta que te encuentras en su final. Esas palabras me las dijo un hombre al que no conocía en el entierro de Maude Ferguson. Ella tenía treinta y cuatro años y había muerto por una infección respiratoria. Había sido fulminante. En solo dos semanas su estado había pasado de ser estable a comatoso. Tres días más tarde su corazón ya no latía. Una muerte inesperada que había dejado una familia rota y dos niños huérfanos de madre. Pete, el mayor, iba conmigo a la escuela y era capaz de correr un kilómetro más rápido que cualquiera. Hasta aquel día, en el que lo vi llorando sin parar con la vista clavada en una caja de pino, lo había envidiado. Tenía diez años y ese era mi primer entierro. No conocía a Maude, pero su marido era electricista y trabajaba para mi padre, así que me habían obligado a ponerme el traje de los domingos y a ver por primera vez a un muerto postrado en un ataúd abierto. Nunca olvidaré su palidez, mal escondida bajo una capa de maquillaje tan excesiva que lo único que lograba era acentuar más aún que ya no vivía. Tampoco, el olor, mezcla de sudor, del aroma característico a incienso y madera de la iglesia y de lo que aún no sabía que se debía al cuerpo inerte del féretro. Cuando salimos, mi padre se quedó en la entrada para despedirse del señor Ferguson. Yo bajé la escalinata de piedra para esperarlo bajo la sombra de los alerces. Era verano y el sol pegaba con fuerza. El hombre desconocido que me había revelado una verdad sin pedirla frenó sus pasos al llegar a mi lado. Su mirada estaba perdida en algún lugar que nadie más parecía conocer. Tiempo después supe que cultivaba maíz y que frecuentaba el bar de los Baker las noches de música en vivo y pastel de moras negras. —Exprime la vida, muchacho. Hazlo antes de que llegue el final y tengas que aceptar lo que has perdido. —¿Qué ha perdido usted? —me atreví a preguntar. Él me sonrió, pero sus ojos estaban llenos de lágrimas. No me respondió. Solo palmeó mi hombro y se marchó. Maude Ferguson no era su mujer. O quizá sí lo fuera y solo él lo supiera. Él y una muerta que ya jamás podría contarlo. Mientras reflexionaba sobre los consejos del hombre triste, la vi. Le daba patadas al tronco de un árbol. Vestía una falda de retales de colores y una casaca roja. Llevaba un sombrero de copa con una pluma amarilla que la hacía destacar como un rayo de sol en medio del luto que nos rodeaba. Enseguida me recordó a un personaje de circo. Me acerqué y me fijé bien en ella. Era pequeña, estaba seguro de que aún no tenía diez años. También de que no iba a mi escuela. Hice memoria, pero nunca la había visto por la ciudad y Whitefish era tan pequeña que resultaba fácil reconocer a casi todo aquel con el que te cruzabas. Solo se trataba de una niña desconocida que destacaba con su estrafalario atuendo en aquel paisaje de polvo y muerte. Antes de darme cuenta de lo que hacía, ya me encontraba a su lado y le hablaba por primera vez. —¿De qué vas disfrazada? Se volvió, observó su falda con desconcierto y sacudió la cabeza un poco ofendida. —No voy disfrazada, tonto. Quiero ser diseñadora de moda. Algún día me iré de aquí y seré famosa. Pensé que no llegaría muy lejos, aunque no se lo dije. Nadie que no estuviera loco querría pagar por una ropa como esa. Pese a ello, acabaría descubriendo muy pronto que me había equivocado, porque aquella niña diminuta y un tanto excéntrica llegaría tan lejos como se propusiera. Me senté sobre la tierra y la vi dar patadas a la gruesa raíz del alerce hasta que arrancó una rama que nacía salvaje en su base. —¿Qué estás haciendo? —Necesito esto. Voy a hacerme un bastón. Apoyó la rama en el suelo y simuló que era una cachava. —¿Estás coja? Se rio y comenzó a caminar con gestos exagerados. —No necesito estar coja para llevar un elegante bastón. En eso consiste la moda. No la entendía, pero tampoco podía dejar de mirarla. Es lo que ocurre cuando ves una estrella. Era una niña flaca, desgarbada. La ropa le colgaba en un cuerpo sin formas como si fuera un perchero cubierto de retales viejos. Sus ojos eran muy negros, al igual que su pelo, que estaba mal cortado y le llegaba casi hasta la cintura. Su mirada, un poco rasgada, me hacía pensar en almendras. Su piel, demasiado morena para la gente de las montañas. Al lado de mi pelo rubio y mis ojos claros sus rasgos se intensificaban. Parecía salida de un cuento. De un mundo que no existía. No de Whitefish, una pequeña y aburrida ciudad de Montana donde lo más increíble que había sucedido en los últimos años había sido la infidelidad de David Howard a su mujer con un monitor de esquí. Se colocó delante de mí y, cuando sonrió, descubrí que le faltaban un par de dientes. —¿Quién eres, niño de las preguntas? Me señaló con su bastón improvisado. —Levi. Levi Manson. Me tendió la mano con aparente formalidad. Los niños no se daban la mano; al menos, no donde yo vivía. Me fijé en que sus uñas estaban llenas de tierra y en que tenía una gran quemadura que deformaba su piel en la mano derecha. —Violet Daphne Rose Cassavetes. Me la estrechó con firmeza y después se sentó junto a mí a estudiar ese trozo de madera recién arrancado. Yo repetí su interminable nombre en mi cabeza hasta que perdió el sentido. Violet Daphne Rose Cassavetes. Violet Daphne Rose Cassavetes. Violet Daphne Rose Cassavetes. Era tan extraño como me lo parecía ella. Nadie que yo conociera respondía a uno semejante. —¿Cuándo es tu cumpleaños, Levi Manson? —El diez de marzo. Ella abrió los ojos asombrada y lanzó un chillido de emoción. —El mío el siete. ¡También de marzo! ¿No es increíble? ¿No te parece una señal? Me encogí de hombros. No entendía qué importancia podía tener eso. No comprendía qué podía significar para ella que hubiéramos nacido en dos días y años diferentes, pese a que compartiéramos el mes, pero por su expresión deseé averiguarlo. —¿Cómo te has hecho eso? —le pregunté, todavía mirando la cicatriz que brillaba rojiza entre el pulgar y el índice. —Fue un oso. Entró en casa y me enfrenté a él con la escoba. Me reí y sacudí la cabeza. Resultaba imposible sobrevivir a un oso con una escoba. Menos aún si eras una niña tan diminuta como Violet Daphne Rose Cassavetes. Me costaba decir su nombre sin trabarme. —¿Tú sabrías hacer un bastón? Miré la rama y asentí. Nunca había hecho uno, pero pensé que no sería muy difícil. También, que así tendría un motivo para volver a verla. —Te vendría bien. Por si el oso regresa. Ella sonrió. Ese día comenzó la gran historia de mi vida. Esa fue la primera vez que tallé algo para Violet. También, la última que escuché su nombre completo. En Whitefish siempre se la conoció como Vi, la hija del Loco Luke. Para mí fue Vértigo por un tiempo. Para el resto del mundo se convertiría en la gran Vida Rose unos años después. Ese día, gracias al consejo de un hombre que acababa de enterrar al amor de su vida, yo conocí al mío. Información adicional Violet Daphne Rose Cassavetes, también conocida como Vida Rose, nació en Helena (Montana) el 7 de marzo de 1985. Su madre, Rose Mary Cassavetes, falleció en el parto por una hemorragia severa. Su padre, Luke Cassavetes, la crio en la capital hasta que aceptó un empleo en Whitefish, donde contaban con una casa de herencia familiar. Se mudaron allí cuando Vida Rose tenía ocho años. Se dieron a conocer en la zona muy pronto, aunque no por los motivos adecuados. Luke Cassavetes perdió el empleo como consecuencia de sus recurrentes problemas con el alcohol y acabó siendo conocido por sus vecinos como el Loco Luke. A pesar de ello, Vida Rose siempre mantuvo una buena relación con él. En más de una ocasión ha hablado de su padre públicamente en términos cariñosos, aunque no hay documentos de archivo que constaten que se hayan visto en los últimos años. EXTRACTO DE LA BIOGRAFÍA NO OFICIAL DE VIDA ROSE (DISTINTOS MEDIOS DIGITALES). 1994, Levi —No voy a tirarme. —Eres un gallina. —Y tú estás loca. Vi me sacó la lengua y echó a correr hacia el borde de las rocas. Pensé que pararía y que solo quería asustarme, pero, al llegar al límite, se volvió, me sonrió y desapareció. Mi corazón saltó contra mi pecho con tanta fuerza que lo sentí palpitar en los oídos. Corrí lo más rápido que pude y me asomé. Abajo, el agua se mostraba impasible, profunda, helada. Ella no estaba. Joder. Mis padres iban a matarme. Nos encontrábamos en el Parque Nacional de los Glaciares. Era verano y mis padres solían llevarnos a mis hermanas y a mí unos días al camping. Me habían dejado invitar a un amigo, como cada año, y yo los había sorprendido a todos eligiendo a Vi en vez de a Markus. Ya había sido para ellos complicado aceptar mi amistad con la hija del Loco Luke como para encima tener que cargar con la responsabilidad de su muerte. Descendí por las primeras rocas como pude, sintiendo mi estómago del revés y un temblor incesante en el cuerpo. Odiaba las alturas. Odiaba la sensación de tambaleo que siempre me acompañaba cuando la seguridad del suelo quedaba lejos. Por eso estábamos allí, claro. Nos habíamos desviado de la ruta de senderismo para investigar por nuestra cuenta. Estaba prohibido, pero para Vi las normas nunca tenían sentido. Nos habíamos encontrado con una pequeña cascada que daba al lago. El agua era de un azul cristalino por el deshielo de los glaciares, aunque debía de estar tan fría que era imposible pensar que un cuerpo raquítico como el de Vi pudiera sobrevivir. Me había retado a tirarme desde arriba y yo le había dicho que estaba loca. Y en esas estábamos. Yo buscando su cuerpo y ella arruinándome la vida. Descendí otra roca, pero me di cuenta de que no podía bajar más. Era complicado y un suicidio. La única solución era lanzarme al agua como había hecho ella o dar la vuelta por la ruta del sendero hasta llegar abajo, pero para ello tardaría al menos una hora. Me senté en la superficie y me tapé la cara con las manos. Entonces sentí un soplido en la oreja y me estremecí. Me volví y me encontré con su sonrisa. —¡Buh! Abrí los ojos, un poco por el alivio que sentí al verla sana y salva y otro poco por la rabia que me inundó a toda velocidad. —¿Qué narices hacías? Vi se rio y se sentó a mi lado. Sus piernas quedaron colgando sobre el vacío. —¡Me parece increíble que te lo hayas tragado, tonto! ¿No viste la cueva? Señaló un metro a nuestra derecha y vi la abertura que quedaba entre las rocas. Había espacio para un par de personas. Me la imaginé saltando sobre el pequeño saliente y escondiéndose con una sonrisa maliciosa. Era un estúpido. Me levanté y ella me siguió hasta que quedamos resguardados y más seguros en aquel escondite. —Perdona por no fijarme en los detalles, estaba intentando pensar en cómo recuperar tu cuerpo. Su risa me enfadó aún más. —Desde aquí, mal lo ibas a hacer —me recriminó por no parecer más decidido a salvarle la vida. Fruncí el ceño. No me gustaba que creyese que era un cobarde; ya lo pensaba yo solo la mayor parte del tiempo. Ella golpeó mi hombro con el suyo y me rodeó la rodilla con la mano. Su cicatriz brillaba. Tenía algo que siempre me hacía mirarla. El miedo que había sentido minutos antes me hizo pensar en qué pasaría si un día Vi se hacía daño de verdad. La imaginé toda ella una cicatriz, desde su frente hasta los pies, y me tensé. Alargué la mano y rocé la suya. La piel era más suave sobre la vieja herida. —¿Cómo te la hiciste, Vi? Ella sonrió y miró al frente. Sobre nosotros, un hilillo de agua caía de entre las rocas. Una cascada diminuta solo para nuestros ojos por estar en aquella gruta improvisada. —Me picó una serpiente. La mano se me hinchó tanto que me explotó este trozo de piel. El veneno era de un color púrpura tan intenso que jamás he visto uno igual. Asentí. No era verdad. Nunca lo era cuando se trataba de su mano, pero me encantaba oír a Vi inventarse historias en las que siempre era una niña valiente y temeraria capaz de superarlo todo. Así que me callé. Porque lo era. Era la persona más valiente que yo había conocido. Y también estaba loca. No eran cualidades incompatibles. Cuando regresamos con mi familia, mis padres no parecían muy contentos. Al final, entre travesuras y saltos al vacío, había comenzado a anochecer. —¿Dónde demonios os habíais metido? He venido aquí a descansar, ¡por todos los santos, Levi!, no para que me provoquéis una úlcera. Escondí el rostro ante la regañina de mi padre, un poco avergonzado, pero Vi se metió un trozo de pastel de manzana en la boca y le sonrió con esa picardía que rebosaba en ella. —Lo siento mucho, señor Manson. Me lancé al lago desde una cascada y Levi tuvo que buscar todos mis huesos y montarlos uno a uno hasta volver a ponerme en pie. —Movió sus brazos como si fueran de gelatina y las risas de mis hermanas rompieron el silencio—. ¿Lo ve? Aún queda alguna pieza suelta. Mi padre sacudió la cabeza y fue en busca de mi madre. No obstante, oí que se reía entre dientes. —¿Has oído eso, Sarah? Esa niña está como un cencerro. Miré a Vi, que me sonreía con complicidad, y le devolví la sonrisa. Ellos no comprendían mi relación con Vi, era cierto. Veían en ella a una niña que vestía con ropa vieja que nunca era de su talla, que no se cortaba el pelo desde hacía una eternidad, que estaba malcriada y que tenía un futuro dudoso por su situación familiar. Una mala influencia para un chico algo introvertido, responsable, de buenos modales y familia respetable que tenía una empresa de renombre en el condado con una reputación que mantener. No obstante, en el fondo, nadie era inmune a los encantos de Vi. Ni siquiera mi padre. Lo supe cuando volvió a salir de la caravana con una cerveza y una sonrisa en los labios que pocas veces nos dejaba ver. Se sentó a mi lado y abrió la lata. A lo lejos, Vi analizaba con mis tres hermanas un hormiguero que acababan de encontrar entre la hierba. Shannon la odiaba, no era un secreto que la miraba con una envidia que ninguno por entonces comprendíamos. En cambio, Anna y Elisa, que tenían siete y seis años, la observaban con una admiración palpable. —¿Qué le pasó a su padre? Me incomodó un poco la pregunta. No me parecía bien compartir con nadie las confidencias que Vi me había hecho solo a mí, pero era mi padre. Y quizá que conociera un poco más su vida ayudaría a que la mirase con otros ojos. —Su mujer murió. Antes de eso no bebía. O eso dice Vi, porque nunca la conoció. Fue en el parto. Chasqueó la lengua y le dio un trago largo a la cerveza. Henry Manson siempre ha sido un hombre compasivo. —Aparte de un borracho, ¿cómo es? ¿Es de fiar? Pensé en Luke Cassavetes. Lo había visto poco, pero siempre me había tratado bien; casi me miraba con orgullo por ser el único amigo que tenía su hija. Los rumores sobre él llenaban las calles de Whitefish y ya se había metido en algún problema en los bares, pero parecía inofensivo. Además, Vi hablaba de él como si fuera una especie de superhéroe retirado. —Yo diría que sí. Asintió y después suspiró profundamente. Cuando mi padre hacía eso significaba que acababa de tomar una decisión. —Cuando volvamos, ve a hablar con él. Dile que tiene una oferta de empleo de mi parte. Parpadeé sorprendido. Miré a Vi y luego a mi padre. Sin saber por qué, se me empañaron los ojos; me sentía conmovido. Y, sobre todo, orgulloso del hombre que tenía a mi lado. Algún día, yo sería como él. Me prometí que lo haría sentir de igual modo. Sería el mejor sucesor que pudiera imaginarse para Construcciones y Reformas Manson. Jamás lo decepcionaría. —Gracias, papá. En cuanto regresamos a casa, dos días después, Vi y yo le contamos a Luke la buena noticia. Él se mostró emocionado y agradecido. Esa tarde se afeitó y, junto a Vi, revisaron las prendas que guardaban polvo en el armario. Era posible. Que la vida de Vi mejorase estaba a nuestro alcance. Tenía once años, pero estaba aprendiendo que las decisiones que tomamos, por muy mínimas que sean, tienen consecuencias enormes en la vida de los demás. Mi padre contrataba continuamente a obreros para reformas según el nivel de trabajo que tuviera. Sabía que los trataba bien y que el sueldo era digno. Era un hombre muy respetado y querido en la zona. Le daba igual que fuera Luke o cualquier otro, pero lo había escogido a él, incluso conociendo los riesgos. La admiración que siempre he sentido por mi padre echó raíces en mí en ese instante y jamás desapareció. •V• El lunes siguiente, Luke Cassavetes salió de su casa con una sonrisa y con el almuerzo que le había preparado su hija de nueve años en una fiambrera escolar de flores. No había bebido ni una gota de alcohol en todo el fin de semana. El martes, cuando llegó de trabajar, se premió a sí mismo abriendo una botella de vino para acompañar la cena. «Solo una copa», se dijo. Había sido un buen día y le gustaba sentirse un hombre renovado. El miércoles, a las seis de la tarde, estaba tan borracho que Henry Manson, mi padre y la única persona que había creído en él, tuvo que recogerlo con su coche con ayuda de otros dos compañeros y llevarlo a su casa. El jueves ya no se levantó de la cama. Había perdido el trabajo, su hija no le hablaba y, como castigo, le había tirado toda la bebida por la taza del váter. Pese a ello, encontró una botella de licor de hierbas en el trastero. A las cinco de la tarde ya se la había acabado. El viernes todo seguía igual en el hogar de los Cassavetes, como si nada hubiera ocurrido. Como si no hubiéramos creído todos, por unos instantes, que lograrlo era posible. —Gracias por creer en él —me dijo Vi unos días después. —Es en ti en quien creo —respondí. Pero eso no importaba, porque ambos sabíamos que Luke era su padre y que de él dependían las posibilidades de Vi. Era duro, pero así funcionan las cosas. —Algún día me iré muy lejos de aquí. No era la primera vez que me lo decía, pero sí la primera ocasión en la que pensé que no era una fantasía ni un deseo infantil. Sino que, un día, Vi haría realidad esa promesa que sonaba casi a desafío. —Te echaré de menos. Asentimos. Luego jugamos a las cartas y olvidamos lo sucedido como solo pueden hacer los niños. A los once años, gracias a mi padre, a Luke y a Vi, aprendí que las decisiones que tomamos no solo influyen en los demás para bien, sino que también pueden joderles la vida. 1995, Levi El viejo Russell era un cascarrabias. Vivía en un rancho enorme en el que un día había criado a siete hijos, pero todos habían volado del nido hacía demasiado tiempo. Su esposa había muerto años atrás y desde entonces él habitaba solo ese gran espacio en el que había hasta eco. Muchos creían que estaba más loco aún que Luke Cassavetes, pero evitaban decirlo, porque Russell era la clase de pirado que te recibe en su porche con una escopeta. Yo no creía que estuviera loco. Únicamente era un hombre viejo y solo que se cubría las espaldas, pero lo cierto es que tampoco hacía mucho por no parecerlo. Como era de esperar, a Vi le caía bien. Es una de las cosas que he aprendido con los años, que las personas especiales tienden a comprenderse, aunque no puedan ser más diferentes. Quizá lo que sucede es que se respetan de un modo que los demás somos incapaces. Siempre nos provoca recelo aquello que no podemos entender. Entré en su propiedad, disimulando que no me asustaba la posibilidad de que me echara a palos, y me encontré con su rostro arrugado asomándose por la puerta entreabierta. —¿Se puede saber qué haces aquí, Manson? —Me manda Vi. Está resfriada y no quiere acercarse a ti. Dice que eres tan viejo que podrías morir de un simple constipado. Russell bufó y yo sonreí. Maldijo entre dientes, pero en el fondo se alegraba de que alguien se preocupase por él, aunque fuera una niña impertinente de diez años que lo trataba como a un igual. Por ese motivo lo hice del mismo modo. Después me invitó a seguirlo y entramos en la casa. Había acompañado a Vi alguna vez a verlo, pero nunca pasaba del porche, así que cuando descubrí todo lo que ocultaba Russell entre las paredes de su hogar pensé que solo existían dos opciones: o ese hombre era un genio, o estaba como una regadera. Había trastos en cada rincón. En las paredes no cabía un cuadro, una lámina, cartel o adorno más. A los lados del pasillo descansaban cajas repletas de objetos y prendas. Atisbé una con piezas de ajedrez, no de un solo juego, sino que había cientos de diferentes formas y tamaños entremezcladas. Otra guardaba periódicos tan antiguos que intuía que, de tocarlos, desaparecerían entre mis dedos. Había oído rumores que padecía un trastorno llamado síndrome de Diógenes, pero hasta ese instante no comprendí qué era exactamente lo que le ocurría a la cabeza de Russell. Lo seguí hasta la cocina y desde la puerta que daba al exterior nos dirigimos a su granero. No sabía qué buscaba él exactamente ni qué esperaba encontrarme yo allí, lo que sí es cierto es que jamás imaginé que Russell escondía el alma de un soñador. Cuando abrió el portalón, me quedé sin voz. —Joder... —Chico, esa boca. —Lo siento. Apartó una bolsa de latas de refrescos vacías con su bastón y me indicó que lo acompañara. La luz entraba por los ventanales superiores e iluminaba algunos de los tesoros que allí guardaba. Porque eso era; un puto tesoro encontrado debajo del mar. Solo tenía doce años, pero no era tan tonto como para no saber que algunas de esas reliquias valían mucho dinero. Había de todo, desde lavabos antiguos con sus vasijas, pasando por máquinas de escribir y hasta un piano cubierto por una manta de terciopelo en una esquina. Espejos, maniquíes, un guiñol de marionetas. Y, pese al polvo y las telarañas, allí reinaba el orden. Estaba sumamente cuidado y no tenía nada que ver con lo que transmitía su casa. Miré de reojo a Russell y me animó a traspasar un biombo que escondía la parte de atrás del granero con una sonrisa cómplice. Todavía no lo sabía, pero no solo me estaba regalando su secreto, sino también su confianza. Aún desconozco los motivos, pero ese viejo siempre supo que podía fiarse de mí. Quizá que Vi lo hiciera ya era un motivo suficiente para él. Di dos pasos y me quedé fascinado. Me gustaba el cine. Vi y yo a veces íbamos con el dinero de mi paga y después jugábamos a reproducir los diálogos de la película. Ella se los inventaba y creaba los suyos propios; si no le gustaba el final, lo cambiaba y yo le seguía el juego, porque sus historias siempre eran más divertidas. A veces fantaseaba con la idea de convertirse en el próximo icono de Hollywood y me obligaba a leer escenas que ella misma escribía y en las que se veía como una Brigitte Bardot de los noventa. Lo que nunca me habría imaginado era que un pequeño rincón de Montana, nada menos que en el granero del viejo Russell, albergara un museo dedicado al séptimo arte. Se agachó frente a un tocador y encendió sus luces. Un arco de bombillas nos iluminó. Sobre él descansaban cabezas de maniquíes con pelucas; rubias largas y sedosas; morenas con ondas; pelirrojas con flequillo. En una mesa lacada un tocadiscos comenzó a sonar cuando Russell colocó su aguja con dedos temblorosos. Somewhere over the rainbow, way up high... La canción me resultaba familiar, aunque por entonces no sabía que era la banda sonora de la mítica El mago de Oz. Observé a Russell cerrar los ojos bajo el influjo de la suave melodía y apretar sus rugosos dedos sobre el bastón. Aquello era importante para él. Ese lugar lo era. —No sabía que te gustara el cine. Negó con la cabeza y se sentó sobre un aparador. Me fijé que a su espalda descansaba el traje de una famosa película del espacio. Una cantidad indecente de chiflados habrían matado por tenerlo. —Nunca me lo has preguntado. Asentí, sintiéndome un imbécil. Supuse que Russell tenía razón. A veces las cosas son más simples de lo que parecen y ni yo ni nadie le habría preguntado jamás a ese viejo cuál era su pasión. Era más sencillo juzgar. Siempre lo es. —¿Por eso le gusta tanto a Vi venir aquí? Me resultaba fácil imaginarla allí, con una boa de plumas sobre sus hombros, una de las pelucas y bailando apoyada en el piano. Dando rienda suelta a sus fantasías. Siendo feliz en un lugar en el que todo parecía posible. Una parte de mí envidió a Russell, aunque no tuviera mucho sentido, por compartir con ella un secreto que me excluía. Pese a ello, negó y sonrió al pensar en Vi. —Aquí puede soñar sin miedo. Aquí no importan las cicatrices. —Frunció el ceño y se mostró molesto, pero con esas simples palabras me di cuenta de que Vi le importaba—. Y es tan insistente que siempre acaba por sacarme algo. Con tal de que se calle, le regalaría la maldita casa entera. Sonreí. Así era Vi. Pero la sonrisa se me borró al recordar las tonterías con las que aparecía siempre después de visitarlo; una caja llena de pinzas de madera rotas; un ukelele roído por las polillas. —No es que hayas salido perdiendo con su compañía. —¿A qué te refieres? —Solo le das basura. Russell me miró fijamente durante unos segundos. Pensé que había metido la pata, que cogería su escopeta y me sacaría de allí con un perdigonazo en el culo, pero, como siempre, estaba equivocado. Tenía la sensación de no entender el mundo que me rodeaba, de estar a años luz de lo que los demás sabían. Y era angustiante. —Que tú veas basura no significa que lo sea. Esa niña tiene ojos mágicos. Ve lo que los demás somos incapaces de ver. No debe perder eso. No permitas que suceda. Asumí que esa descripción encajaba a la perfección con Vi. Ojos mágicos. Yo no la hubiera definido mejor. Y me di cuenta de que Russell y yo compartíamos algo sin quererlo: ya por entonces ambos estábamos dispuestos a lo que fuera para que Vi siguiera siendo Vi. No podíamos tolerar que la parte fea del mundo la devorase. —Pero... todo esto... —señalé ese pequeño universo que nos rodeaba. —Esto no son más que los recuerdos congelados de un viejo. Lo importante es ser capaz de crear nuevos con lo que tengamos, aunque para otros solo sea basura. Me recriminó con una mirada severa y bajé la cabeza. Después salimos de allí. Ya en su cocina, me dio una caja. Dentro había una jaula de pájaro oxidada y sucia. Más basura. No entendía nada. Quizá era mejor así o acabaría tan loco como ellos. •V• Cuando llegué a casa de Vi, ella estaba esperándome en el porche bajo una manta. Tenía la nariz colorada e hinchada. Sus ojos estaban un poco cerrados. —¿Cómo está Russell? —preguntó con voz gangosa. —Ese viejo está loco. Ella se rio y después tosió. —¿Te ha amenazado con la escopeta? —No, me ha enseñado su granero. La sorpresa tiñó su rostro. —¿En serio? Eso es que confía en ti, Levi. —¿Y a mí qué me importa? Me encogí de hombros. Porque, importara o no, me costaba encajar las piezas y odiaba esa sensación. Si los ojos de Vi eran mágicos, sentía que los míos siempre estaban velados. Dejé la caja a sus pies y su mirada se iluminó. —Vaya. ¿No es increíble? Sacó la jaula y la estudió emocionada. Yo solo veía un trasto viejo y medio roto que no servía de nada. Pero Vi..., ¿qué narices vería Vi? Respondí a su pregunta mentalmente. La jaula era una mierda, pero ella sí que era increíble, de eso no tenía dudas. Cogí un trapo que se secaba en el alféizar de la ventana y comencé a limpiar la dichosa jaula. —¿Para qué la quieres? ¿Estás pensando en comprarte un pájaro? Su tensión fue inmediata y me arrepentí de esa pregunta tan estúpida. —Jamás pagaría por un ser vivo. Mucho menos lo encerraría en una cárcel. ¡Es para hacer un joyero! ¿No te parece una idea genial? Aquí —señaló la parte alta— voy a poner un colgador para los pendientes. Y aquí —acarició con dos dedos la base— quiero que salgan unos apliques donde colocar los anillos. Solo tengo dos, pero me servirán para hacernos una idea de cómo quedan. He pensado crear una línea de artículos de tocador con objetos de jardín. En dos años espero ser conocida en toda Montana. En cinco, Winona Ryder tendrá uno en su casa. ¡Tenemos mucho trabajo por delante, chico de las preguntas! Parpadeé, intentando encontrar el modo de decirle que no creía que funcionara porque era una idea realmente estúpida, pero no pude. Así que continuó limpiando la jaula mientras ella me contaba su plan y soñaba tan alto y con tanta fuerza que conseguía silenciar todas las voces que gritaban «no» en mi cabeza. Cuando ya me despedía para regresar a mi casa antes de que se pusiera el sol, volví a pensar en Russell y en su museo del granero. —¿Por qué guarda todo eso ahí? ¿Por qué deja que los demás piensen que vive rodeado de porquería? ¿Por qué esconde algo por lo que muchos lo admirarían? Lo tratarían mejor, Vi. No lo juzgarían como lo hacen ni lo mirarían con lástima. Ella me observó como si no me entendiera. Sucedía poco, pero en ocasiones nos encontrábamos el uno al lado del otro sintiéndonos dos extraños, totalmente opuestos, dos piezas que pertenecían a puzles distintos. No me gustaba; intuyo que porque siempre me sentía mil peldaños por debajo y, cuando estás abajo, todo consiste en subir y subir hasta que ya no puedes más. —Porque es su sueño. Y los sueños hay que protegerlos. Russell ha escogido hacerlo de ese modo. Pude preguntarle cuál era el suyo, pero ya lo sabía porque Vi no dejaba de repetirlo. Su sueño se hallaba muy lejos de allí. Lejos de lo que para mí era mi hogar, entre esas montañas, con los míos, con la tranquilidad de una vida familiar y sencilla. Lejos de mí. ¿Y el mío? ¿Cuál era mi sueño? ¿Alguna vez lo encontraría? 1996, Levi —Toma, Levi. Ayúdame con esto. Vi me colocó entre las manos un rollo de celo y un montón de revistas viejas. Nos dirigimos a la parte de atrás de su casa. La mesa de madera estaba llena de rotuladores y recortes. —¿Qué estás haciendo? —Un diario de viaje. Para cuando me vaya. He apuntado lugares, moteles baratos, consejos... ¿no te parece genial? Nos sentamos y me enseñó el cuaderno en el que había estado trabajando las últimas semanas. Lo había cosido ella misma, uniendo trozos de cartulina de colores con hilo de pescar y adornándolo con una cinta roja que en su día había sido un lazo con el que sujetar su pelo. En su interior, las páginas eran un caos de colores, palabras, trozos recortados de las revistas de moda que le regalaba Alison, la chica que lavaba cabezas en la peluquería, cuando ya eran tan viejas para que las clientas se quejaran y las sustituía por números actuales. Para cualquiera no era más que un diario infantil que acabaría olvidado en un cajón en cuanto su dueña madurase un poco más. Sin embargo, al tratarse de Vi, yo sabía que era mucho más importante. Era un sueño envuelto en papel de seda. Más aún, era una esperanza de sobrevivir. Una oportunidad de ser feliz a la que agarrarse. En su portada, el título brillaba cubierto de purpurina azul. Me di cuenta de que también tenía rastros de ella en los dedos y hasta en las cejas. La extraordinaria vida de Violet Cassavetes Tragué saliva. Ella miraba las letras, un tanto torcidas, con una ilusión un poco adormecida. Fui consciente en ese momento de algo que me había pasado desapercibido. Y es que, según volaban los días, las semanas, los años, las fantasías y las ganas de escapar de Vi crecían, pero la tristeza en sus ojos al pensar en ello también. Según maduraba, sus expectativas de lograrlo menguaban. Estaba dejando de creer. Violet, la persona más valiente que yo conocía, comenzaba a flaquear y a dejar que el miedo y las dudas se materializaran en su cabeza. No podía consentirlo. Como me había ordenado Russell el día que me mostró su granero, no podía permitir que sucediera. Necesitaba que Vi siguiera creyendo en sí misma, en sus posibilidades, en que su vida de verdad iba a ser extraordinaria. En ese instante me prometí que haría todo lo posible para ayudarla. Iba a echarla de menos cuando se marchara, era mi mejor amiga, pero jamás pondría ningún obstáculo para que consiguiese todo lo que anhelara. —Es muy bonito, Vi. —Su sonrisa ocultó ese halo de desesperanza—. ¿Cómo está Piggy? —Hambrienta. Nos reímos. Piggy era el nombre que le había puesto a su hucha. —Toma. Tengo algo más de un dólar para su almuerzo. Me saqué las monedas que guardaba en el bolsillo y las coloqué encima de la mesa. Ella me miró con una dulzura que era poco habitual en la Vi de once años, siempre más dura de lo que debía ser la mirada de una niña. —Gracias, Levi. Y, ahora, recórtale la cara a Kate Moss. Observé la imagen que me daba y me ruboricé cuando Vi se rio de mí al pillarme con los ojos clavados en los pechos de la modelo. Cogí la tijera de malos modos. —¿Para qué demonios quieres que le recorte la cara? —Porque voy a poner en su lugar la mía. Cuando sea rica, pienso comprarme ese vestido que lleva. Mira, lo he combinado con estos guantes. Me enseñó la fotografía de unos guantes dorados hasta el codo. Eran tan elegantes que, si se los ponía con ese minivestido lleno de transparencias, resultaban estrafalarios. Con los años aprendería que Vi podía vestirse como quisiera, porque el efecto siempre era rompedor y adecuado, pero a mis trece años no pude evitar echarme a reír. —¿Para qué ibas a ponerte eso? Puso los ojos en blanco y me sacó la lengua. —No tienes ni idea de moda, no voy a perder mi tiempo explicándotelo. Además, con esos guantes no se me ve la cicatriz. Mis ojos volaron hasta su mano y la curiosidad se me escapó por la boca. —¿Cómo te la hiciste, Vi? Dejó el rotulador en el aire y supe que ya estaba muy lejos. En algún lugar donde esa herida era la consecuencia de una aventura memorable y no de lo que seguramente sería un accidente que era mejor no recordar. Quizá jamás descubriría la verdad, pero me encantaba que Vi liberase conmigo esa locura que a mí me faltaba. —Antes de ven